

DRAKONIANAS
LIBRO 1
REVELACIÓN



ANNE ABAND

REVELACIÓN

ANNE ABAND

2025

Copyright © 2025 Anne Aband

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, excepto en el caso de reseñadores que podrán citar fragmentos breves en sus críticas. El uso no autorizado de este contenido constituye una infracción de los derechos de autor y será perseguido conforme a la ley.

Book Cover Yolanda Pallás

Corrección: Eva Pallás

Astera Ediciones

ISBN: 978-84-129552-2-4

info@anneaband.com

www.anneaband.com

Para los que viven soñando con mundos fantásticos y aventuras en el espacio. Yo también soy una de vosotros.





LIBRO 1



CAPÍTULO 1

EL TRATO



Como un sigiloso felino, la muchacha se deslizó por las sucias calles de los bajos fondos de Gray, la capital del reino de Terradragón. ¿Y por qué una princesa y descendiente de la antigua estirpe de los drakonianos caminaba sola, cubierta de una andrajosa capa? Porque era el momento de largarse.

Drakya arrugó la nariz ante el fétido olor que emanaba del callejón donde iba a ser el encuentro. Acarició la daga que pendía de su costado y se arrebujó todavía más en su ropa, ropa de plebeyos, que tanto le había costado conseguir; ropa de una chica perdida que quería viajar por el espacio y encontrar respuestas.

Un hombre, posiblemente de raza *disipo*, salió ajustándose la bragueta.

Lo que le faltaba. Se quedó quieta, dudando si estaba en el lugar adecuado, o si era mejor marcharse e intentarlo en otra ocasión. Pero entonces escuchó un ruido allá dentro.

—Pss, pss —chistó alguien desde el callejón. Volvió a rozar su daga. No había querido llevar su pistola porque una chica como ella no podría haberla comprado. Sí, se había arriesgado mucho, y más que lo iba a hacer.

—¿Tertre? —preguntó ella.

—Acércate, muchacha —contestó el semihumano con el que, días atrás, había quedado en el mercado semanal.

—¿Has conseguido lo que te pedí?

—Sí, tu nueva identificación, un pase para la nave Blackstar y herramientas para tu tapadera. Pero el precio ha cambiado. Sé quién eres.

Drakya miró el desagradable rictus ambicioso del hombre y luego se volvió hacia atrás. No le quedaba otra.

—No dispongo de más oro, o lo tomas o lo dejas.

—Si no me pagas, te denunciaré.

—¿A quién? ¿A los soldados? ¿Qué crees que harían con un falsificador? Te cortarían las manos.

El hombre se retrajo, sacó los documentos y Drakya examinó la carta de identificación y el pasaje. Parecían correctos. Sacó una bolsa con las monedas de oro y se lo dio. Todos sus ahorros.

—Espero que no te vayas de la lengua o si no, puede que te quedes sin cabeza. A quien tú sabes no le haría mucha gracia que me hayas ayudado.

El hombre gruñó y desapareció con el oro. Drakya suspiró aliviada, metió todo en su mochila y salió del apestoso callejón. Los garitos de las calles adyacentes iluminaban la noche con una mortecina luz rosa o dorada, dependiendo del público esperado. Había clubs para los nobles drakonianos y semihumanos, si tenían el dinero suficiente, y los más sórdidos, para los *disipos*, que por lo general eran sirvientes o esclavos y para algunos enormes *credulianos*, que asustaban por su aspecto peludo y feroz, o

cualquier otro visitante con poca plata venido de planetas cercanos.

Gray era una capital limpia y bien cuidada. El rey Galón se encargaba de que se mantuviera el orden, pero ella creía que hacían la vista gorda en la zona de las afueras, donde ella había acudido, para que los habitantes pudieran tener un espacio para ser despreciables o tener sexo, alcohol o drogas.

Un par de tipos se acercaron a ella con oscuras intenciones, así que se metió en un callejón y allí hizo su magia. El tipo de casi dos metros que salió, un *creduliano* con el aspecto característico entre oso y hombre, les quitó las ganas de ver dónde estaba la muchacha.

Siguió avanzando, algo torpe, pues ella apenas medía un metro sesenta y cinco y no controlaba tan bien ese volumen tan grande.

Por fin alcanzó las afueras del barrio y se escondió tras unos árboles, para recuperar su aspecto habitual. Corrió hacia su vehículo, una helimoto bastante vieja, pero que conseguía levantarse a una distancia suficiente del suelo, y puso la mano sobre la placa para conectarla. Arrancó con un suave ronroneo y se elevó a tres metros sobre el suelo. No quería encontrar a ninguna patrulla.

La capucha se le bajó por la fría brisa y enredó su cabello largo, mal recogido en una trenza. Era algo de lo que debería prescindir también, se dijo con pena.

Se metió en la ciudad, por una de las pocas zonas en las que no había vigilancia, ella las conocía bien por sus continuas escapadas, y accedió a la calle de la colina donde residía. Estaba agotada. Convertirse en un *creduliano* había

consumido su energía, así que no le quedaba otra que arriesgarse a pasar con su propio rostro. Entró por la cocina y la muchacha que estaba de guardia se inclinó, pero no dijo nada. Bien sabían ellas que la hija pequeña del rey Galón hacía lo que le venía en gana.

Caminó por los pasillos a oscuras, hasta llegar a su habitación, donde cerró la puerta y suspiró. Ya estaba a salvo.

—¿Dónde has estado? —preguntó alguien encendiendo la luz. El susto fue bastante grande, pero al ver que era su hermana Asira, dejó la mochila en un lado y se quitó la capa.

—¿Y qué más te da?

—Eres mi hermana. Me preocupa. No quiero...

—¿No quieres perder otra hermana y quedarte sola o realmente estabas preocupada por mí?

—¡Drakya!, no sé cómo puedes decirme eso.

La hermana pequeña miró a la preciosa muchacha que estaba sentada en un sillón, al lado de su cama. Llevaba el cabello ondulado recogido en una redecilla para mantener ese precioso rizo y un camisón de encaje, con una bata de seda. Sí, ella, la futura reina de Terradragón, era una auténtica belleza.

—Me voy, ya que veo que estás bien —dijo levantándose con un gesto ofendido.

—Lo siento, Asira. Ya sabes que no me gusta estar quieta. He ido a explorar.

—Si papá o tu madre se enterasen, te encerrarían en la torre del Homenaje y tirarían la llave.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó mientras se quitaba las botas y los pantalones.

—No —contestó Asira desviando la vista—, pero, por favor, no hagas tonterías.

—Gracias, hermanita. No te preocupes, sé lo que hago.

Con un arranque espontáneo, Drakya abrazó a su hermana que se quedó sorprendida, pero le devolvió el abrazo.

—Por favor... —volvió a decir Asira.

—Tranquila —contestó Drakya.

—Y dúchate antes de acostarte, no sé dónde habrás estado, pero hueles a callejón oscuro.

Drakya la soltó, imaginando el callejón donde su hermana jamás entraría y Asira, algo más alta que ella, le dio un beso en la frente.

—Que sueñes con La Primera y que ella inspire tus más altas acciones.

—Que la Primera te proteja y te guíe —contestó Drakya viendo a su hermana salir de la habitación.

Olisqueó su brazo y reconoció que Asira tenía razón. Escondió su mochila en el armario con llave y se metió a la bañera de piedra que compartía con su otra hermana... con la hermana que ya no estaba, se corrigió.

Dejó salir el agua y echó sales. Tal vez era la última vez que tenía la suerte de tomar un baño, ya que las restricciones de agua en muchos planetas hacían imposible ese lujo. Con gran placer, se metió en el agua, dejando su daga cerca. Aguantó un rato debajo, cada vez forzando más y después de un tiempo récord, salió,

aspirando con fuerza. Salió y se enrolló el cuerpo con las suaves toallas y se puso delante del espejo, observándose. Tomó la daga y la acercó a su melena. Y cortó. Acababa de dejar ir a Drakya y había nacido Haddra, mecánica de naves. Al amanecer se acercaría a la ciudad y perdería de vista a su familia, sus amigos, e incluso a... ¿dónde estaba Nin?

Silbó con suavidad para buscar a su mascota, una mezcla de los antiguos monos y murciélagos terrestres, un monociélago. Cabía en la palma de su mano y siempre lo llevaba en el hombro. Pero para ir a buscar su tarjeta lo había tenido que encerrar. Tal vez estaba ofendido. Mejor, si no se despedía, no lloraría.

Terminó de peinarse y preparó su bolsa. Poca ropa, pocos enseres, nada de oro, solo unas monedas de plata, por si acaso, y su nueva tarjeta que esperaba que funcionase.

Echó también un pequeño cuaderno y el libro de historia de La Primera, a quien tanto admiraba y del que nunca se separaba, y se vistió con la ropa de trabajo. Si su hermana Asira sospechaba, era mejor que se fuera ya.

Sentiría no despedirse de su madre, por suerte estaba en las colonias de Gaztán, visitando a los semihumanos que se habían instalado allí. Cosas de reinas. Y, en cuanto a su padre... mejor ni pensar en él.

Escuchó algo de ruido en el pasillo, así que se dio prisa. Con la bolsa en la espalda, volvió a deslizarse fuera de la zona noble, para salir por las cocinas. Esta vez no había nadie, así que mucho mejor.

Ajustó su pequeña daga bajo la ropa y caminó por las calles. Los comerciantes de Gray empezaban el día, limpiando sus puestos y colocando las mercancías. El olor a bollo de canela hizo que su estómago rugiese y le recordó que no había comido nada desde la pasada noche. Sacó una moneda de plata y se compró dos, por si acaso, se dijo. Miró hacia atrás, pensativa. Le había parecido ver algo..., pero no, posiblemente eran imaginaciones suyas.

Llegó al puerto espacial, donde las naves flotaban en el mar del Norte. En lugar de tener un ciberpuerto, en Gray amerizaban en el agua, al lado de muelles de almacenaje, lo que hacía que no todas tuvieran la tecnología para hacerlo. A las afueras sí habían construido un lugar para las naves de carga. Pero ella buscaba la nave de pasajeros Blackstar, la única que pasaba por el sistema Gorgona, donde se encontraba la colonia minera de Tulsz, destino de su viaje.

Elegantes naves relucían por los primeros rayos del sol. Había mucha actividad, como procedía a esas horas, y marineros de cualquier raza caminaban con prisa, llevando mercancías, descargando o esperando a pasajeros que deseaban viajar a cualquier punto de la galaxia conocida.

Drakya se asomó a la larga dársena repleta de naves, sin saber qué rumbo tomar. A saber dónde estaba la dichosa Blackstar. Esperaba que no fuera excesivamente elegante, o podría encontrar a algún drakonés que la reconociera. Un anciano que se paseaba por el puerto con un bastón y fumando en pipa, le recordó a esos cuentos que su madre le leía de pequeña sobre marineros de la antigua civilización y se acercó a preguntar.

—Disculpe, señor, ¿puede indicarme dónde podría encontrar la nave Blackstar?

El hombre se la quedó mirando, guiñando los ojos con curiosidad.

—¿Para qué querría una jovencita tan bonita ir a una nave tan... tan...?

—Tengo que encontrarla. ¿Puede indicarme?

—Hay otras naves donde podrían utilizar tus servicios de asistente, si es que lo que buscas es trabajo —contestó mirándola de arriba abajo.

—Ya, pero...

—Está bien, al final de todas, la verás enseguida porque es la única que está construida por entero con metal oscuro de Tulsz. Aun así, no sé yo si...

—Gracias, señor.

Drakya se despidió del hombre y caminó con rapidez hacia el final de la dársena. Había más de cincuenta naves y la suya partía al amanecer. Debía haber llegado antes. Comenzó a correr, esquivando a todos lo mejor que podía y consiguió verla. Todavía tenía el portón abierto.

Al estar mirando la nave, no vio al tipo con el que se tropezó, y que hizo que ambos cayeran al suelo.

—¡Niña, ten cuidado! —dijo él, levantándose y sacudiendo su uniforme oscuro.

—O tú puedes fijarte por dónde andas —contestó ella furiosa. Le estaba haciendo perder el tiempo.

Drakya lo dejó con la palabra en la boca y se fue para la nave. Allí había una fila de pasajeros preparados para subir. Era evidente que los que viajaban en esa nave no tenían mucho dinero. Mejor.

Se puso en la fila y esperó su turno. Cuando fue a embarcar, el marinero rechazó su tarjeta.

—Esta no me vale, niña. No puedes subir.

—¿Pero por qué? —preguntó ella con la desesperación en el rostro.

—¿Qué pasa? —dijo una voz acercándose.

—Esta joven, capitán, que quiere entrar, pero el pasaje es de nuestro vuelo anterior, no de este.

Drakya sintió la furia dentro de ella, pero intentó respirar y miró al capitán, que fruncía el ceño. Por supuesto, era el tipo con el que se había tropezado. Se acabó subir a la nave.

—¡Capitán, el mecánico está borracho de nuevo!

El capitán la ignoró y se volvió hacia el tipo que parecía más en el otro mundo que este.

—¡Joder!, te dije que si volvías a beber te echaría de la nave.

Drakya lo observó. Era un tipo alto sin ser gigante, delgado y fibroso, vestido con un mono negro y botas de hebillas. No parecía un capitán, pero emanaba una cierta autoridad.

—No vas a encontrar un mecánico ahora —dijo el tipo medio cayéndose. El capitán miró al cielo y se pasó la mano por el cabello castaño, desesperado. Así que ella vio su oportunidad. Se acercó por detrás.

—Si me llevas a Tulsz, trabajaré como mecánico gratis, solo por el pasaje y la comida.

El capitán se volvió, entrecerrando los ojos. La miró de arriba abajo y luego bufó.

—¿Y qué sabe una cría de motores cuánticos o de aceleración lumínica?

—Prueba mi capacidad.

Él la observó, sorprendido. Luego, se volvió a uno de los suyos.

—Hans, hazle una prueba de motor a esta chica. A ver si sabe lo que dice saber.

El hombre, de unos cincuenta, asintió y se llevó a la muchacha al interior de la nave. La sala de los motores era vieja, pero estaba limpia, para su sorpresa.

—Mira, chica, tienes unas manos que no son de trabajar, pero si el capitán quiere darte una oportunidad, no seré yo quien lo niegue. Tenemos el sistema de reciclado de aire estropeado, con eso que arreglases, para mí ya valdría.

—Gracias, lo intento.

Drakya abrió la consola y se horrorizó de la maraña de cables que había, revueltos y atados con cinta de forma chapucera. No le extrañaba que no funcionara.

Se subió las mangas y sacó su pequeño estuche de herramientas. Comenzó por quitar las malas conexiones, las enlazó con plástico automoldeable, y poco a poco, eso tuvo mejor pinta. Después se dio cuenta de que algunas conexiones estaban peladas.

—¿Tenéis cable R67?

El tipo le trajo un rollo y lo dejó a su alcance. Ella tomó un trozo, lo sustituyó y después empezó a programar el motor auxiliar para optimizar el gasto de energía. Cerró la consola y miró al hombre, que estaba con la boca abierta.

—¿Quieres probarlo?

—Eh, sí, sí, pero ¿dónde has aprendido?

—Por ahí —contestó ella. Cruzaba los dedos para que funcionara. No había sido muy difícil. El capitán Koya le había enseñado mucho sobre naves desde que era pequeña. A ella le encantaba estar con el hermano pequeño de su madre, metida dentro de los motores de las Alas, las naves espaciales de los *drakonianos*.

La nave pareció estremecerse, pero luego, una suave brisa empezó a circular por la zona, limpiando el aire viciado y haciendo que alguno de sus operarios levantase la cabeza, aliviado.

—Por mí has pasado la prueba, muchacha. Se lo diré al capitán.

Drakya tomó su bolsa y acompañó al tal Hans hasta el puente, donde estaba el tipo del mono negro, esta vez llevaba una cazadora oscura, con adornos metálicos.

—¿Y bien?

—Arregló la consola, capitán. Creo que nos podría servir.

—¿Cómo te llamas y de dónde vienes? —dijo él volviéndose. Sus ojos oscuros la taladraron. Era un semi humano, un híbrido de humano y algo más.

—Me llamo Haddra y provengo de la colonia de Gaztán. Pero mi familia está en Tulsz, por eso quiero ir.

—Ponla en el camarote con Iza. Hans levantó las cejas, pero asintió.

—Vamos, Haddra.

—Gracias capitán...

—Lukas —dijo él y se volvió hacia el puente.

Drakya, o ahora Haddra, quería saltar de alegría. Nunca pensó que lo que su tío Koya le había enseñado pudiera ayudarle así.

—El capitán es muy serio, no permite cosas raras. Te lo digo porque hay pocas mujeres y algún animal por aquí. Si alguien se mete contigo o intenta... lo que sea, me lo dices. Lukas castiga la violencia.

—¿Con más violencia?

Hans sonrió.

—Normalmente sin comer. No suele azotar a nadie. Estarás con Iza, ella es... bueno, ya la conocerás.

Hans llamó a la ovalada puerta del camarote y alguien contestó que pasara.

—Hola, Iza, tu... el capitán me ha dicho que ella debe alojarse aquí, si no te importa. No quedan lugares para mujeres ya. Es la nueva mecánica.

Haddra observó a la chica, estaba vuelta, hacia la diminuta ventana redonda por donde veía el mar del Norte. Parecía una muchacha delicada, con el cabello largo y dorado. Pero cuando se volvió, ella dio un respingo.

—Mejor que te acostumbres desde ya a mi cara —contestó ella sin sonreír.

—Haddra, preséntate en el puente antes de partir.

—Gracias.

Hans cerró la puerta con suavidad y la muchacha le señaló una cama libre.

—Puedes dormir ahí. Tenemos un pequeño cubículo que hace de lavabo, la ducha está sobre el excusado, pero

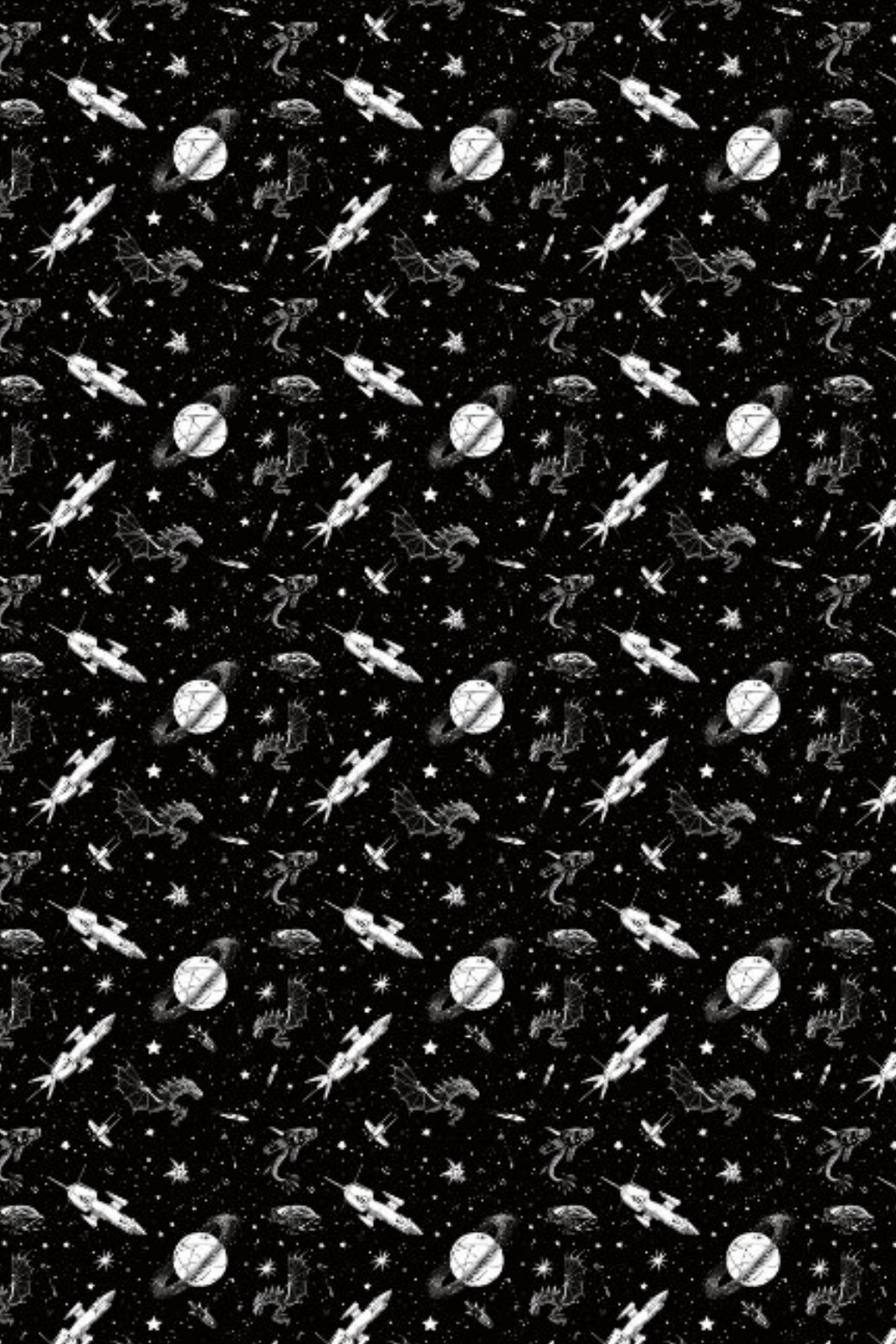
al menos, no lo compartimos con los brutos que hay en la nave.

—Gracias, Iza.

—Y si te preguntas por qué tengo cicatrices en la cara, no te interesa, aunque supongo que alguien te contará. Fui esclava durante unos años hasta que Lukas me rescató.

Se volvió y continuó mirando por la ventana, ignorando a Haddra, que dejó sus cosas encima de la cama.

Al menos, ya estaba dentro y comenzaba el viaje.



Capítulo 2

LA FUGA. ASIRA



Asira realizó sus abluciones matinales y una de sus empleadas entró para cepillar su hermoso cabello. Sí, las princesas tenían el cabello privilegiado de los descendientes de los dragones: oscuro, fuerte y brillante. Era todo un orgullo poder lucirlo.

Suspiró al pensar en su hermana menor. Si padre se enterase de sus escapadas nocturnas, la encerraría en la Torre del Homenaje, para que no volviera a salir, aunque ella, tal y como era, encontraría la forma de marcharse.

Klari, la muchacha que la atendía, una disipo bastante lista, trajo su vestido del día, un elegante traje con falda larga de color verde agua que contrastaba con su piel color arena clara, también fruto de su ascendencia. Se sentía incómoda entre tanto corsé y capas de falda. Hubiera preferido mil veces vestirse tan libremente como Drakya, que no hacía caso a ningún tipo de convencionalismo.

La asistente, de apenas un metro cuarenta de altura, dejó con delicadeza el traje sobre la cama. Ella, como la mayoría de los *disipos*, era delgada y con el rostro algo tosco. Aunque conocía a algunas, tal vez híbridas, que resultaron muy hermosas. Miró el vestido y suspiró.

Ella no contaba con ser la heredera, no contaba con que su hermana mayor, Pelgast, se fuera del planeta. Sin despedirse, sin comentar nada. Echando la vista atrás, se había vuelto algo desconfiada y triste. ¿Cómo para irse? Creía que no. Puede que le afectaran las guerras Solsticio. Muchos jóvenes habían muerto o desaparecido en ellas. Tal vez estaba unida a alguien.

En alguna ocasión había discutido con su padre a puerta cerrada, porque él siempre fue muy estricto con ellas. De hecho, ya no podía tocar el piano clave que tenía en su habitación y que su madre le había regalado.

El dolor que sentía el rey Galón al escucharla había enmudecido sus teclas. Klari le indicó que ya estaba lista y se miró al espejo. Como siempre, su recogido era impecable. Ya estaba preparada para enfrentarse al mundo, a la corte y sus sonrisas fingidas.

Salió de su habitación y su sombra se puso tras ella. Ella suspiró. Desde que había sido nombrada heredera, él no la dejaba en ningún momento. Había protegido a Pelgast y ahora a ella. Ignoró su seca actitud y su escasa respuesta. Ya no le decía buenos días, ni siquiera le dirigía la palabra, porque parecía mudo, aunque sabía que no lo era. Una de sus teorías ante su incómoda actitud es que se había enamorado de Pelgast y cuando ella se fue, y tuvo que quedarse, la perdió.

—¡Rem! —llamó Koya saliéndonos al paso—. ¿Has visto a la pequeña, a Drakya? Habíamos quedado para entrenar.

—No, mi capitán —contestó él.

—¿No está mi hermana? La vi anoche... —contestó Asira, callándose las circunstancias.

—¿Qué sabes, mi princesa? —preguntó él. Ella se sonrojó levemente.

—Creo que... venía de alguna de sus... excursiones por la ciudad. Olía mal.

—Gracias, averiguaré dónde está.

Se inclinó hacia Asira y esta siguió caminando hacia el comedor. Aunque habían sido compañeros en la escuela de armas, Rem siempre trataba a Koya con respeto y distancia. Algo había pasado entre ellos, pero jamás ninguno se lo contó.

En el elegante comedor de desayuno, su padre estaba ya tomando su klá y el olor hizo que rugiera de forma muy poco elegante su estómago. La noche anterior, cuando fue a visitar a su hermana y no la vio, se quedó en su habitación, jugando con Nin al que su dueña había encerrado. Ella tampoco podía tener mascotas, así que se conformaba con jugar con la de su hermana. Se había quedado dormida esperándola y no acudió a cenar. Por eso, estaba realmente hambrienta.

Se sentó en una de las elegantes sillas forradas de seda que el mayordomo retiró, y Klari puso la servilleta en su regazo. Su padre la ignoró y ella esperó a que él la mirase para saludarlo.

—Buenos días, padre.

—¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé.

El rey bufó y siguió revisando sus documentos mientras comía distraído. Klari trajo sus huevos revueltos

y una buena taza de klá que ella sorbió con deseo. El líquido, negro, y con un ligero toque de viscosidad, era un estimulante para todos los habitantes de Terradragón. Su sirviente le trajo especias y ella echó una buena cucharada, algo que hizo reír levemente a su prima Salma, prima de Drakya, se corrigió, que estaba sentada frente a ella. Tomó unos dulces tras mirar a la muchacha, que se sonrojó. Era normal, era una chica del campo, no tenía modales. Se preguntaba por qué la madre de Drakya la había traído a la corte.

Koya se acercó al rey y susurró unas palabras. Él miró a Asira.

—¿Ayer viste a tu hermana?

—Sí, padre.

—¿Por qué no le contaste a Koya que ella venía del exterior?

—Ella... estaba bien y ya sabéis que necesita su espacio —se atrevió a decir. Su hermana pequeña no era estúpida y odiaba cualquier tipo de represión.

El rey miró a Asira con enfado y luego hizo un gesto al apuesto hermano de su madre, que se inclinó y se marchó.

Asira ya no tenía más hambre. Se acabó el klá y pidió permiso para retirarse. Salma hizo lo mismo y fue tras ella.

—¿Dónde fue mi prima ayer? —preguntó la muchacha. Sus cabellos dorados se movieron por su energético paso. Llevaba un sencillo vestido largo, pero Asira juraría que podría luchar como un soldado.

—No lo sé. No soy su guardiana —contestó molesta. Se dirigía hacia la sala de estudio con pocas ganas y menos, si ella la seguía.

—Es tu hermana. No querrás perder otra —dijo ella. Asira se paró de golpe, haciendo que Klari, que iba pegada a su señora, casi se tropezase con ella. Por suerte, Rem la apartó a tiempo.

—¡Cómo te atreves! ¿Crees que no sufro cada día por no tener a mi hermana mayor conmigo?

Salma bajó la cabeza y se retiró a un lado. Asira continuó caminando hacia la sala donde las hijas del rey estudiaban. Sí, estaba preocupada. Drakya nunca faltaba al desayuno, el rey no lo permitía. Así como a las demás comidas no era obligatorio asistir, sobre todo, porque la mayoría de las veces su padre no estaba presente, excepto en ceremonias especiales, en la primera comida del día, toda la familia solía reunirse.

Klari le abrió la puerta y ella entró. La tutora, una dama entrada en años con una gran sabiduría la saludó con respeto. Llevaba el traje de las damas *reptilianas*, una mezcla de brujas y sabias, pertenecientes a la orden del Dragón rojo, del que decían proceder, aunque nadie podía probarlo. Su estatura era baja, como casi todas las sacerdotisas, y su cabello rojizo estaba trenzado. Se inclinó ante Asira y la saludó.

—Buenos días, princesa, que La Primera os sea favorable esta mañana.

—Buenos días, Bera, que La Primera os guíe en el día de hoy.

—¿Y vuestra hermana?

—No sé dónde está Drakya. No soy su niñera — contestó más preocupada que molesta—. El capitán Koya ha ido a buscarla.

—Sentaos, hoy revisaremos la estructura del gobierno.

—¿De nuevo? Pero Bera...

—Si vais a gobernar en unos años, debéis saber al dedillo cada uno de los resquicios legales que nos protegen.

«Y nos asfixian», pensó Asira, pero se dispuso a atender.

—El rey Galón es la máxima autoridad de Terradragón, porque es descendiente de La Primera, dama Jessica, primera nacida del dragón y la gobernante de la Tierra de entonces. La cámara de senadores gobierna el mundo y las provincias habitadas, como Gray, Sulán, Gaztán y otras más pequeñas. Los *drakonianos* son la raza noble de Terradragón y descienden de los primeros. Sois una raza noble de bello aspecto. Los semi humanos son la mezcla de los antiguos humanos que poblaban la Tierra y las diferentes razas que llegaron. Los *disípos*, que vivían en Solintex, se dice que es una subraza humana, de menor tamaño y los *credulianos* fueron creados en un laboratorio a partir del ADN de un oso y un semi humano, y se hicieron imprescindibles en el ejército....

Asira suspiró, evadiéndose de la lección que había recibido desde muy pequeña. Sabía hasta los puntos de inflexión de la tutora. Ella había venido de la ciudad de Sierpes, donde vivían la mayoría de los *reptilianos* y donde se ubicaba el monasterio en el que educaban a las sacerdotisas. A veces se lo describía con nostalgia. Así

como Gray era una ciudad situada en una suave colina, con vegetación rodeándola, Sierpes nació entre montañas agrestes, de crestas afiladas y multitud de cuevas. Dama Jessica hizo construir el monasterio allí y poco a poco, la pequeña ciudad creció hasta convertirse en un lugar próspero, gracias a los yacimientos de oro y piedras preciosas que encontraron en algunas cuevas. Al monasterio acudían muchachas con habilidades especiales y eran enseñadas a dominar sus habilidades por las *reptilianas*, mujeres, por lo general, de corta estatura, de cabello rojizo y ligeros rasgos *drakonianos*.

—¡Princesa! —amonestó Bera y ella asintió. Podría decir sin problemas en qué punto se había quedado. Pero era verdad que últimamente estaba distraída. No sabía por qué.

—Os sigo, Bera. Continúa.

—No —dijo de repente la mujer—. Hoy no sacaré nada de esa bonita cabeza. Iremos al bosque del norte, para reconocer el terreno.

—No está programado, mi señora —se atrevió a decir Rem. Asira miró su hosco rostro, cuadrado y serio. Sus ojos color acero la miraban como si quisiera traspasarla.

—Iremos —decidió Asira—, deseo salir un poco de la corte.

Rem se echó para atrás y ella vio que él apretaba los puños. Se alegró. No sabía por qué, pero encontraba una diversión adicional en su vida, de las pocas que tenía, en contrariarlo.

—Cambiaos, no querréis llenaros ese precioso vestido de zarcillos —comentó Bera. Asira asintió y fue a su

habitación seguida de Klari. Ambas se pusieron ropa de campo. Las botas de piel de vaca que llevaba Asira costaban el sueldo de la muchacha, pero ella no se percató. Estaba acostumbrada a los tejidos de calidad. Klari le recogió el cabello en una trenza y ambas caminaron hacia el estudio de Bera. La princesa vio de reojo que Rem llevaba un chaleco con varias armas más. Rodó los ojos. ¿Qué se pensaba? ¿Que vendrían piratas a atacarlos?

Bera también se había cambiado y llevaba una pequeña mochila. Siempre que salían al campo, procuraba recoger las hierbas con las que se preparaba su propio klá, una mezcla especial para las sierpes que Asira sospechaba que tenía algún tipo de droga alucinógena, puesto que, a veces, sobre todo nada más tomarlo, su tutora decía cosas extrañas.

Rem hizo un gesto y llamó a un pequeño escuadrón que se puso por delante y por detrás. Salieron por una puerta lateral de la muralla y Asira suspiró levemente. Comprendía por qué Drakya se escapaba de ese ambiente tan cerrado, aunque ella jamás se hubiera atrevido a hacerlo. Admiraba a su hermana pequeña, se parecía en arrojo a su madre, la segunda esposa de su padre. Ella había sido una sacerdotisa hasta que él se enamoró perdidamente y la hizo su reina. Cuando hizo tres años desde que la anterior reina falleció, los cortesanos le instaron a tomar otra esposa. Caelia era buena con ellas, atenta y amable. Una buena madrastra. Cuando se quedó embarazada de Drakya, Pelgast y ella, que todavía eran unas niñas, pensaron que las iba a ignorar, pero no fue así.

Las tres crecieron como hermanas y eran felices, hasta que...

Movió la cabeza, sin querer pensar en ello. Bera ya estaba canturreando y recogiendo alguna hierba. Asira se limitó a disfrutar del pálido sol de la primavera. En Terradragón, sabían que en unos miles de años, la estrella que los iluminaba, acabaría por explotar y eso hizo que abrieran las colonias en los planetas exteriores, para ir avanzando hacia otros sistemas. En las lunas de Saturno habían fundado hermosas ciudades, comandadas por gobernadores al servicio del reino. Incluso en las más alejadas, las lunas de Urano, instalaron un puesto fronterizo para acceder hasta las colonias mineras de los exoplanetas ligados a la pequeña estrella roja Gorgona. Las naves no podían acceder a otras galaxias, no, de momento. Estaban demasiado lejos.

—Princesa, mirad estas setas —señaló Bera debajo de un tronco. La princesa se agachó y una flecha oscura pasó por encima de su cabeza. Rem se lanzó por ella y la tomó de la cintura, para ponerla detrás de un enorme tronco. La tutora corrió a colocarse tras otro, junto a Klari.

—¡Acabad con los intrusos! —gritó Rem a sus soldados— ¡Traedme uno vivo!

Rem se puso delante de Asira, con la espada fuera y preparado para dar su vida. Ella estaba asustada, pero aun así, sacó la daga que su padre les obligaba a llevar y se preparó, por si era necesario. No era tan hábil en la lucha como Drakya, y desde luego, nada que ver con Pelgast, pero si era preciso, se defendería.

—Capitán, han huido —dijo uno de sus hombres acercándose—, hemos encontrado este arco.

—Es un arco de manufactura sharon —comentó él más que enfadado mirando el arma de sus antiguos enemigos, derrotados en las guerras Solsticio—. Volvamos al palacio.

Sin ninguna consideración, la tomó de la cintura y la atrajo hacia él, casi llevándola en alzas. Asira se revolvió.

—Suéltame, bruto, puedo andar.

—Princesa, obedeced u os llevaré como un saco al hombro.

Su furia la asustó y se dejó hacer. Los hombres los rodearon y otro caminó en retaguardia, detrás de las dos asustadas mujeres.

Abrieron la puerta y caminaron deprisa hacia el interior. El fuerte brazo de Rem apretaba la cintura de la princesa y ella podía oler el aroma del sudor del hombre, que no era nada desagradable. Su pecho descansaba sobre el costado de su guardaespaldas y, de repente, pensó que sería placentero que él la abrazase de otra manera. Alzó la vista para mirar su rostro. Él parecía muy preocupado cuando se volvió hacia ella. La dejó en el suelo, casi tambaleándose. El rey salió de su despacho, para solicitar informes y comprobar que su hija estaba bien.

Apenas la miró, pero a Rem lo fulminó. Él se agachó, se puso de rodillas.

—Majestad, perdonadme. Aceptaré cualquier castigo.

—Levántate, Rem. ¿Qué ha pasado?

—Posiblemente un sharon vengativo, tal vez fue un accidente.

—Investígalo.

Se giró hacia su despacho y Asira soltó el aire que había contenido.

—Mi señora, vamos a la habitación, os prepararé un baño —dijo Klari.

Ella comenzó a alejarse, pero todavía escuchó a su tutora.

—Muchacho, puede que no hayan sido Sharon. Ellos nunca fallan —dijo Bera retirándose a sus habitaciones.

Rem subió tras la princesa, mientras su corazón todavía palpitaba de terror y culpabilidad. Si no se hubiera distraído mirándola, esto no habría sucedido.

La dejó en la habitación, no sin antes revisarla y se quedó fuera, montando guardia. Koya se acercó a él, con el semblante preocupado.

—¿Está bien?

—Sí, mi capitán. Gracias a La Primera.

—Déjate de formalismos, Rem, y ven a mi despacho, tengo que hablar contigo sobre algo importante.

—Pero...

—Llama a dos de tus hombres. Ella no saldrá de aquí.

Rem hizo un gesto y dos de sus mejores soldados se apostaron en la puerta. Siguió a su compañero de armas hasta una pequeña habitación, donde había una mesa y unos cómodos sofás y que él llamaba despacho.

—Drakya ha desaparecido. No está en el palacio y me temo que haya tomado una nave. Con Pelgast desaparecida y la pequeña huida, no me parece que este atentado haya sido fortuito.

—Daré mi vida por ella.

—Ya lo sé, Rem. No lo dudo. Yo me marchó al puerto. Debo saber en qué nave embarcó y dónde se dirigía para traer de vuelta a mi sobrina. Pero, escucha, nadie debe enterarse. Diremos que ella está de visita en el hogar natal de su madre. Ya lo he hablado con el rey. Sin embargo, creo que debes saberlo porque es de importancia vital que protejas a Asira. Mi hermana ya se dirige hacia Sierpes, nadie se atrevería a atentar contra ella en el Monasterio. Quería venir aquí y buscar a su hija, pero el rey se lo prohibió.

—Te aseguro que la cuidaré.

—Hasta el punto de que no debes separarte, ni siquiera cuando entre en su habitación. No me fío de nadie.

—Pero ella no querrá, su intimidad...

—Me importa una mierda su intimidad, Rem. Es la heredera. Ya puede patalear o gritar que tú o uno de tus hombres de confianza no la dejaréis ni a sol ni a sombra.

—Sí, así lo haré.

—Bien —contestó Koya dándole un abrazo que lo sorprendió—. Rem, esto no me huele bien. Hay algo que... todavía no lo sé.

—Pero lo intuyes, para eso eres medio reptiliano, supongo.

—Sí, no soy como mi hermana, pero esta mañana, cuando Drakya no acudió a su entrenamiento diario, un escalofrío me recorrió el espinazo y tuve una visión extraña. Creo que alguien está conspirando contra nuestro rey y su familia.

Rem se estremeció. No, haría todo lo posible por protegerlos. Por protegerla.

—Cuídate, hermano, que La Primera te guíe en tu viaje. Y siento no haber estado cuando me necesitaste.

—Tranquilo. Sé que no he sido el mismo desde que Pelgast desapareció —suspiró—. Gracias y a ti también, que La Primera proteja tu vida y gobierne tus decisiones.

Rem abrazó a Koya y se fue de nuevo hacia la habitación, con todos sus sentidos alertas. Era un semihumano con un porcentaje muy leve de sangre de dragón, por eso había ascendido a capitán, y por eso tenía una intuición extra hacia las situaciones peligrosas, algo que le había fallado antes y que no volvería a ocurrir. Se lo juraba.